

INÉDITOS GDL EE I NARRATIVA

OME GALINDO

M



GdLee

© **M**, Miguel Ángel Galindo Núñez / Ome Galindo. Edición digital. 2026.

Portada: imagen generada en IA a solicitud de Ome Galindo.

Portada de Luis Fernando Ortega: manipulación digital a partir de la fotografía de Claudia López.

Gobierno de Guadalajara, Jalisco, México.

Dirección: Avenida Hidalgo 400. Centro. Código postal: 44100
gdlee.guadalajara.gob.mx

VERÓNICA DELGADILLO GARCÍA
Presidenta Municipal de Guadalajara

REGIDOR JUAN ALBERTO SALINAS MACÍAS
Presidente de la Comisión de Cultura, Espectáculos, Festividades
y Conmemoraciones cívicas

ERIKA CRYSTAL ZAVALA LÓPEZ
Coordinadora General de Construcción de Comunidad

CARLOS ALBERTO GONZÁLEZ MARTÍNEZ
Director de Cultura de Guadalajara

MARIO ALBERTO LIMÓN CARRANZA
Jefe de la Unidad de Creatividad y Talento

Consejo Editorial GDLee: Carlos Armenta, Jorge Esquinca, Patricia Velasco,
Lilia Esthela Bayardo Rodríguez, Sergio Fong, David Izazaga (Secretaría de Cultura
Jalisco) y Dolores Garnica (Dirección de Cultura de Guadalajara)



Esta plaquette forma parte de la editorial y repositorio digitales GDLee, proyecto que busca crear y defender el derecho al acceso libre y abierto a la cultura. GDLee es un proyecto del Gobierno de Guadalajara sin fines de lucro. Todos los derechos son propiedad de los autores.



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons. Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). (*)

Atribución: debe otorgar el crédito correspondiente, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se realizaron cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de ninguna manera que sugiera que el licenciante lo respalda a usted o a su uso. No comercial: no puede utilizar el material con fines comerciales. Sin Derivadas: si remezcla, transforma o construye sobre el material, no podrá distribuir el material modificado.

Hecho en México

I N É D I T O S G D L E E I N A R R A T I V A

OME GALINDO

M

Gdlee



Cultura



Gobierno del
Estado de
Jalisco



CONTENIDO

Donde mueren las palabras	5
El origen del fango	9
Flashback	13
Una torre de símbolos	15
No todo lo que lees es verdad	20
Un pueblo de rostros ajenos	24
Un pueblo de rostros ajenos	27
Un pueblo de rostros ajenos	28
Un pueblo de rostros ajenos	31
Ecos en la selva	33
Hay cuerpos debajo de nosotros	36
El olvido	39
¿Papá, fuiste tú?	42
Bajo la tormenta	45
El encuentro	48
El umbral de los recuerdos	53
L	57
Restauración	61
Recuerdos	63

DONDE MUEREN LAS PALABRAS

M abrió los ojos; pero no vio luz, solo un gris translúcido que se desparramaba en hilos sobre sus ojos como si el mundo entero hubiera sido envuelto en un paño mojado y ahora debiera mirar a través de él. Parpadeó; una, dos, tres veces. El gris se desmoronó, dando paso a un fulgor verde y abrumador. Sintió la humedad —espesa como una lengua que lamía su piel— causada por el calor de verano: un verano derramado sobre su cuerpo, aplastándolo, haciéndolo consciente del sudor que había nacido bajo sus ropas desde antes de despertar.

No recordaba cómo había llegado allí.

No sabía si alguna vez había existido un «antes».

M pensó con la misma certeza que se tiene de la lluvia antes de caer que, *sí: su nombre era M*. La única letra flotaba en su mente —como un leño a la deriva en un mar de olvido— explicaba poco quién había sido, si es que existía un pasado o si acababa de ser arrojado al mundo en ese instante. Venía al mundo y venía al lenguaje.

¿Qué era un nombre sino un eco sordo en un vacío?

¿Quién había pronunciado el primer nombre?

¿Quién tenía el derecho de llamarle con ese título?

El suelo bajo sus pies era blando, traicionero, como las voces que le habrían bautizado como «M». Sus pies se hundían en la tierra sobresaturada de agua, sobresaturada de descomposición, sobresaturada de otras personas durmiendo su muerte bajo el fango. A su alrededor, una espesura de hojas —gotas como lágrimas colgando en el filo de los árboles— y, más allá, el susurro interminable de animales ocultos: un lenguaje de símbolos que resonaba en su mente como una canción olvidada, como monstruos cotidianos jugando a ser aves.

Cada vez que trataba de enfocar sus pensamientos, se disolvían como niebla alcanzada por el sol. ¿El sol?

El Sol.

No estaba seguro de haber visto uno desde que había abierto los ojos. Tal vez nunca había habido sol. Quizá él había inventado esa palabra que tenía más letras que su propio nombre.

Nombre propio.

Le rodeaban esas voces desconocidas de su mente, el crepitar de hojas húmedas, la opresiva sensación de un cielo tapizado de verde, los sonidos de ramas y los susurros de un idioma ininteligible.

—¿Quién... quién eres?

La voz surgió, pero no de su garganta. Era como si las mismas hojas le hablasen, como si el bosque se deleitara en consumir las palabras antes de que pudieran (per)formar un sentido.

—M... —susurró él, pero el nombre no le sabía a sí mismo. Era un signo, eso no era un nombre, un garabato que alguien había escrito sobre su piel, una marca que no había consentido en su espalda: todos la veían, menos él.

Nada ni nadie le respondieron. Porque estaba solo en ese claro, no era más que un círculo de luz filtrada tímidamente a través del dosel denso de hojas entrelazadas. El aire era espeso, con un aroma dulzón-fermentado, como si la isla exhalara un aliento antiguo. Sintió las gotas de humedad acumulándosele en el cabello, en sus pestañas, haciendo que el mundo pareciera resbalársele.

Enfrente, un árbol solitario **que no debía estar allí**: las raíces se retorcían en el suelo como si buscaran algo que habían perdido, y en su tronco, glifos grabados que no reconocía, una mezcla de signos que parecían bailar con la brisa. ¿Eran palabras? ¿Era siquiera un idioma? No estaba seguro de lo que significaban; pero sentía un picor en la nuca, una urgencia por entender lo que sus ojos no podían descifrar.

Se acercó, y sus dedos, temblorosos, rozaron los símbolos tallados. Algo dentro de él resonó, como si esos caracteres ininteligibles fueran ecos de un sueño olvidado. Recordó fragmentos: un sonido, una risa lejana, tal vez el aroma de alguien... o algo... que había perdido.

—M... M...

El murmullo resonaba a su alrededor, reverberando como un eco interminable, aunque sabía que no había nadie más en el claro. Sintió el escalofrío de saberse observado, por ojos humanos, por los árboles, por las sombras, ¿por ojos humanos?

¿Qué era este lugar?

¿Era un sueño del que no podía despertar?

¿O un recuerdo que había olvidado demasiado pronto?

Caminó más allá del árbol, adentrándose en la espesura nuevamente, guiado sólo por el susurro de su nombre, por signos de interrogación desencajados. A medida que avanzaba, notaba cómo

los sonidos cambiaban: el zumbido aumentaba, un sonido vibrante que parecía provenir de todos lados y ninguno a la vez; el ulular desde el suelo, un idioma huidizo que debería entender.

EL ORIGEN DEL FANGO

El calor era opresivo: sentía la camisa pegada a su espalda, el sudor deslizándose como ríos invisibles por sus costados, dándole unas cosquillas improbables y perturbadoras. A lo lejos, un destello de luz azulada llamó su atención. Era como una estrella extraviada que había caído del cielo para enredarse entre los arbustos. M siguió ese resplandor, como si tiraran de él, empujándolo a través de la espesura.

Cuando llegó al origen de la luz, encontró un pequeño arroyo que corría en silencio: sus aguas reflejaban ese fulgor de símbolos flotando en la superficie. No eran letras, no eran palabras; algo de ellos evocaba un sentido que M no lograba captar. Se arrodilló junto al arroyo, sintiendo la humedad escalando por sus rodillas. Sumergió las manos en el agua. Fue entonces que lo sintió: un leve pulso, como el latido de un corazón.

La imagen de L, o lo que creía que era L, apareció en su mente, fragmentada, rota en mil pedazos como un espejo que se hubiera estrellado contra el suelo.

¿Quién era L?

¿Un amante?

¿Un enemigo?
¿Una sombra que lo perseguía desde un pasado que ya
no existía?

Intentó aferrarse a esa imagen; pero el flujo del arroyo arrastraba sus pensamientos como hojas sueltas en la corriente.

Con los dedos aún mojados, trazó en el aire una letra: L.

La vio desvanecerse ante sus ojos, como si el mismo aire la devorara, como si se ahogara en un lago futuro. Había algo que no podía recordar, algo que se escondía entre esas letras.

—L... ¿dónde estás? —preguntó; pero su voz se quebró, perdida entre los susurros del bosque que parecían burlarse de su intento por nombrar lo innombrable.

M avanzó a tientas: los dedos rozando la corteza húmeda de los árboles. Las sombras se estiraban como lenguas negras, devorando la luz pálida filtrada desde algún lugar incierto. Los zumbidos se habían vuelto más fuertes: un canto hipnótico que parecía raspar las paredes de su mente, haciéndole recordar cosas que nunca había vivido. Caminaba entre ramas y lianas sintiendo cómo los bordes afilados de las hojas le arañaban la piel, como si el bosque mismo intentara reclamarlo.

El suelo se volvía más traicionero a medida que se adentraba; había charcos de agua estancada y fango que absorbían sus pasos, y cada vez que lograba liberar un pie, el otro se hundía más profundamente para abrazarlo, conservarlo, guardarlo en las entrañas de la tierra que esperaban a otra persona que se descompondría en el humus de la selva.

Pero no debía detenerse.

Algo, una pulsación lejana, lo llamaba desde lo profundo, como si hubiese una respuesta enterrada bajo el manto de la selva.

Sus pensamientos giraban en espirales, como letras sueltas que flotaban en una página arrancada de un libro antiguo.

L...

Esa letra persistía en su mente como una aguja que perforaba la niebla, aunque no podía recordar si era un nombre, un lugar, o tal vez una sombra que alguna vez había amado. El calor y la humedad eran tan densos que podía sentirlos presionando su pecho, dificultando la respiración.

De pronto, tropezó y cayó de rodillas frente a un claro inundado por una etérea luz dorada, como si una luna falsa se hubiera posado sobre el suelo. En el centro del claro, una figura: no era ni humano, ni animal, ni letra, sino un signo que palpitaba en el aire como un espectro. La forma de ese símbolo parecía danzar y cambiar con cada parpadeo de M, adoptando breves destellos de humanidad, como si quisiera hablar, pero no supiera cómo.

—¿Y tú eres? —susurró M, su voz era apenas un eco sofocado por el denso aliento de la selva.

El signo respondió, pero no con palabras que M pudiera entender. En lugar de eso, el aire alrededor de la figura se llenó de símbolos flotantes, como un enjambre de luciérnagas desquiciadas. Era un idioma compuesto por fragmentos, por sonidos nunca antes escritos. M intentó leerlos, descifrarlos, pero era como si cada símbolo se desintegrara en su mente antes de poder formar sentido.

—L... —murmuró M, casi sin querer. Y en ese instante, la figura pareció reaccionar.

Se acercó lentamente, como si se deslizara sobre un lago invisible, y alzó una mano —o lo que M creyó que era una mano—, señalando hacia el horizonte.

Siguiendo la dirección del gesto, M divisó en la lejanía una construcción oculta entre el follaje: los restos de un edificio cubierto por raíces y enredaderas, que parecían devorar sus paredes. Sin pensarlo, empezó a caminar hacia allí, guiado por una sensación de urgencia que no sabía de dónde provenía. Mientras avanzaba, sentía que el signo **también** lo observaba, aunque cuando se volteaba, ya no había nada detrás de él salvo el murmullo inquietante de los árboles.

El edificio resultó ser una antigua estructura, quizás una biblioteca, aunque no se parecía a ninguna que M recordara —si es que alguna vez había conocido una biblioteca antes—. Las paredes estaban cubiertas de musgo, y las estanterías, aunque vacías, emitían un susurro constante, como si aún guardaran los ecos de libros olvidados.

Al entrar, el aire cambió.

FLASHBACK

Al entrar, el aire cambió: ya no estaba cargado de humedad, sino de polvo y una sensación de abandono adherida a su piel como una segunda capa. M caminó entre los pasillos oscuros, observando las letras talladas en las paredes: fragmentos de textos que parecían flotar en el aire como mariposas heridas, atrapadas en una danza perpetua.

De repente, un sonido metálico resonó en el silencio. M se giró y encontró a ¿alguien? en el suelo: era K. Sabía que era ella, lo era... apenas era visible en la penumbra, pero se retorció como si hubiera caído desde una gran altura, como si estuviera agonizando desde la última vez que se vieron ¿en las calles de la ciudad? Se inclinó para tocarla, pero al hacerlo, se disolvió en sus dedos como ceniza.

El eco de K, resonó en su mente.

¿Quién la había pronunciado por última vez?

¿Qué significaba?

Y entonces, como un relámpago, el rostro de L volvió a su mente, pero esta vez con más claridad: unos ojos oscuros, una sonrisa que podía ser tanto de amor como de desprecio.

M retrocedió, tambaleándose, y sintió que el suelo cedía bajo sus pies. Cayó, y por un instante no hubo nada más que oscuridad, un vacío absoluto que lo tragó entero.

Cuando abrió los ojos había retrocedido páginas en su propia historia, estaba de nuevo en el bosque, aunque **ahora** algo había cambiado. La niebla que antes lo envolvía había desaparecido, y ahora podía ver más allá, entre las sombras de los árboles. En la distancia, se alzaba **nuevamente** la torre, apenas visible entre la espesa vegetación.

Una torre que no debería existir, que no tenía lugar en ese mundo que no lograba comprender.

El zumbido de las bestias volvió a resonar, esta vez más cerca, como si la selva misma quisiera empujarlo. El aire estaba cargado con un aroma familiar, algo que M no identificaba del todo, pero que era un recuerdo del tiempo perdido: a una promesa rota.

Aquella figura de fango apareció una vez más: ambos parecían estar esperando algo de M, una palabra, un signo que él aún no sabía cómo pronunciar.

—Tengo que recordar... —murmuró M, mientras sentía que su memoria se deslizaba como agua entre sus dedos, nutriendo ese fango de perdición.

UNA TORRE DE SÍMBOLOS

El mundo se estiraba como un lienzo húmedo, deformándose a cada paso que M daba en la espesura. No parecía ser papel, porque el papel se rompía; **pero sí estaba destruido**. La humedad ya no sólo se sentía sobre su piel; era como si la respirara, como si el mismo aire se convirtiera en una bruma que le invadía los pulmones llenándolo de dudas y de pensamientos intrusivos. Los zumbidos de antes ahora eran una sinfonía aguda que perforaba sus oídos; mientras los sonidos lejanos de otras aves y bestias conspiraban en silencio en su contra junto a esa voz que le llamó M.

El camino hacia la torre se desvanecía y volvía a formarse ante él, como si estuviera atrapado en un laberinto vivo. Como si fuera una **S** —serpiente— que entraba y salía del relato para confundirle. El suelo, lleno de raíces tan retorcidas como su mente, parecía cambiar de textura bajo sus pies, haciéndole dudar si lo que pisaba era tierra o algún tejido extraño que se resistía a dejarlo pasar.

¿Será que la torre, con su murmullo ancestral, era el último vestigio de un pasado desvanecido o el preludio de un destino que aún se resiste a nacer?

M mantenía su mirada fija en la estructura que se erguía a lo lejos, como un faro en medio del caos. La torre era alta, más alta de lo que debería ser posible en un mundo que parecía retorcerse en torno a sí mismo. Su silueta se recortaba contra un cielo indefinido que oscilaba entre el gris y el verde (colores del olvido y de la selva), como si el cielo fuera una extensión de la hecatombe.

A medida que se acercaba, los ruidos flotantes a su alrededor se volvían más insistentes, todos danzando a su alrededor como si intentaran formar un mensaje que él no lograba descifrar. Cada símbolo frente a sus ojos se desintegraba en pequeñas motas antes de que pudiera comprender su significado, dejando tras de sí un leve sabor a óxido en su lengua.

Porque en sus palabras yacía la sangre del asesinato.

Hay sangre roja en esta historia.

M sabía que L estaba de alguna manera vinculado a esa torre.

Todavía no lo estaba; pero había un vínculo inherente. Y debía seguirlo.

No podía explicarlo; pero sentía el tirón magnético de esa presencia como si un hilo invisible lo guiara. L persistía en su mente como un parpadeo incesante. ¿Era un nombre, una promesa, o tal vez un enemigo? Los recuerdos se enredaban en su mente, y cuando intentaba centrarse en uno, se disolvía como el humo.

Finalmente, al llegar a la base de la torre, M sintió un cambio en el aire. El zumbido de los signos se silenció de golpe, como si la torre tuviera el poder de apagar el caos del entorno. Frente a él, una gran puerta metálica cubierta de glifos que se movían como reptiles. Algunos de los símbolos le resultaban familiares, ecos de algo que había conocido en un sueño, mientras que otros eran meros trazos sin sentido.

—Debes recordar...

Su no-voz era un eco proveniente de las paredes mismas de la torre. El metal vibraba, y M sintió que su nombre-letra que había llegado a aceptar como su identidad— se disolvía al contacto con la estructura.

Con las manos temblorosas, empujó la verja. Un destello rojizo estalló ante sus ojos, cegándolo momentáneamente. Cuando pudo ver de nuevo, se encontró en un pasillo angosto y oscuro dentro de la torre.

Porque la luz avanza o retrocede. Pero nunca estanca.

Las paredes estaban cubiertas de textos en lenguas olvidadas para él, seguro eran fragmentos de literatura que había leído alguna vez... si es que alguna vez había leído.

El aire era más fresco en el interior, pero con ese toque metálico que ya había experimentado durante su primera entrada, como si el polvo se oxidara.

Al avanzar, se dio cuenta de que el pasillo no era del todo real; sus bordes se desvanecían y parpadeaban, como si estuviera caminando a través de las páginas deshilachadas de un libro que se escribía y borraba al mismo tiempo.

En el centro del pasillo, una figura se recortaba contra la penumbra: L, o al menos, lo que M creía que era L. M se acercó, la figura se descompuso en fragmentos de letras, cayendo al suelo como pedazos de papel roto.

—No puedes recordar... porque nunca fuiste tú

Susurró una voz en su oído, una voz que era un grito ahogado en el vacío. El sonido reverberó en su cráneo, y por un momento, M sintió que su mente se desmoronaba, como si hubiera estado construida sobre un cimiento de palabras mal encajadas.

Avanzó con pasos vacilantes, buscando algo, cualquier cosa que le diera sentido a ese caos. En una esquina oscura del pasillo, encontró un libro encuadernado, pulsante como si tuviera vida propia. Abrió la primera página, y ahí, escrito con una caligrafía que reconoció de inmediato, estaba su nombre: M, con su propia letra.

M, mi M.

Pero no era solo su nombre. Había más. Los párrafos se transformaban en un reflejo de su propia vida, fragmentos que nunca había vivido: el lugar donde mueren las palabras, el origen del fango, y, sin embargo, le resultaban extrañamente familiares. ¿Era este el relato de su existencia, o simplemente un eco de lo que alguna vez quiso ser? Los signos flotaban sobre las páginas, retorciéndose y reorganizándose hasta formar una sola frase:

«La memoria es un espejismo que se desvanece cuando lo intentas tocar.»

M cerró el libro de golpe, como si temiera que al leer más perdería lo poco que aún recordaba. Sintió una presencia tras él, una sombra que se alargaba en el suelo a medida que la luz parpadeante del pasillo se extinguía lentamente. L estaría allí, observándolo, en una figura confusa, una presencia sólida.

—Has olvidado quién eres, M. Y te aseguro que es mejor así.

M sintió un nudo en la garganta, una mezcla de rabia y tristeza que no sabía cómo expresar. Las palabras no salían, estaban atordadas como fragmentos rotos en su garganta.

—Yo... yo necesito recordar... —murmuró M, pero las palabras sonaban huecas, como si pertenecieran a alguien más.

La imagen se desvaneció en un parpadeo, dejando tras de sí un rastro en la nada. M quedó solo en el pasillo, con el libro en las manos, sin saber si lo que había visto era real o una ilusión creada por la torre.

Fuera de la torre la selva seguía susurrando su lenguaje incomprensible, pero algo había cambiado. M ya no estaba seguro de si quería recordar, o si el olvido era una bendición disfrazada.

NO TODO LO QUE LEES ES VERDAD

M aún sostenía el libro entre sus manos, sintiendo cómo el cuero de la cubierta vibraba ligeramente, como una pulsión débil. Pero antes de que pudiera procesar lo que acababa de leer, un sonido lo sacó de sus pensamientos: pasos, firmes y decididos, resonando en el pasillo oscuro.

Giró sobre sus talones y vio otra figura que emergía de entre las sombras.

¿Otra L?

Era alta, de complexión robusta, con un porte que sugería autoridad. Vestía ropas rojas, desgastadas, todo él era una capa deslizando sobre el suelo polvoriento.

—Tú, M —dijo la figura con una voz grave y firme. Su tono era el de alguien acostumbrado a que le obedezcan, como un maestro dirigiéndose a un alumno perdido. La luz que provenía de las paredes parpadeantes reveló su rostro: tenía ojos oscuros, cejas pronunciadas y una cicatriz que cruzaba su mejilla derecha. A, como M, era una persona en toda su complejidad, con una presencia ausente que llenaba el espacio como el sonido de un tambor.

—¿Sabes acaso lo que sostienes en tus manos? —preguntó A, acercándose con pasos lentos pero seguros, cada paso haciendo crujir el suelo de la torre.

M apretó el libro contra su pecho, desconfiando. La presencia de A era imponente, casi sofocante, y le recordaba vagamente a alguien de quien había querido escapar, aunque no podía precisar de quién.

—No... no estoy seguro —respondió M, retrocediendo un paso. Su voz sonaba frágil en comparación con la de A, como si apenas hubiera aprendido a hablar.

—Ese libro contiene más de lo que imaginas —A extendió una mano callosa hacia él, pero no para arrebatarse el libro, sino como una oferta de algo que M no lograba descifrar—. Recuerda, M: no todo lo que lees es verdad, pero tampoco todo lo que olvidas se pierde para siempre.

«... no todo lo que lees es verdad...»

¿No todo lo que lees es verdad?

¿Dónde había leído esto antes?

Los ojos de A eran dos abismos insondables que parecían examinar cada rincón de la mente de M, buscando algo que ni siquiera él sabía que poseía. A no era de esas sombras difusas de K o L; era un ser real, con una historia, una voz que resonaba con ecos de tiempos olvidados. El silencio instalado entre ambos era denso, tenso, como si las palabras no dichas cargaran más peso que las que los textos que le rodeaban.

Antes de que M pudiera responder otro conjunto de pasos se escuchó detrás de ellos. La figura que apareció esta vez era más esbelta, con movimientos que parecían flotar sobre el suelo. Su ca-

bello largo y enmarañado enmarcaba un rostro afilado y lleno de cicatrices.

—Siempre tan dramático —dijo C, con una risa amarga que resonó en el pasillo como el eco de una campana rota. Se acercó a M, sus ojos parpadeando con una mezcla de curiosidad y desprecio.

¿Por qué te molestas en advertirle?

**¿Acaso no entiendes que la memoria no se puede recuperar
con simples palabras?**

A no le respondió de inmediato, sus ojos se entrecerraron, como si considerara las palabras de C antes de decidir si merecían una respuesta.

—No es cuestión de palabras, sino de voluntad —replicó A finalmente, su voz baja pero cargada sugería que esta discusión no era nueva entre ellos.

M los observaba en silencio, intentando captar el significado oculto en su intercambio. A y C eran como dos caras de una moneda que giraba interminablemente ante él, sin permitirle ver en qué lado aterrizaría. Ambos eran personas y enigmas vivientes por igual.

**Fragmentos de una realidad que M aún no lograba descifrar
por completo.**

—M —dijo C, inclinándose hacia él como si fuera a confiarle un secreto—, olvídate del libro. Todo lo que contiene es un reflejo distorsionado, una trampa para hacerte creer que puedes recordar. Pero nada de lo que encuentres en sus páginas será más real que las sombras que ves en este lugar.

M miró el libro en sus manos, sintiendo cómo el peso de las palabras escritas dentro se volvía más tangible, más denso, como si cada letra estuviera hecha de plomo. No sabía en quién confiar, si en la severa autoridad de A o en la retorcida sagacidad de C.

La elección es tuya.

—Pero te advierto: no todas las memorias merecen ser rescatadas.

Algunas son mejor dejarlas en las sombras, donde pertenecen.

Las paredes de la torre contuvieron la respiración esperando la decisión de M.

Finalmente, con un esfuerzo que sintió como si estuviera moviendo montañas, M alzó la vista y miró a ambos personajes.

A asintió lentamente, como si esa respuesta fuera la que había esperado, mientras que C simplemente sonrió con ese aire de burla que nunca abandonaba su rostro.

Con un último vistazo al pasillo por el que habían desaparecido A y C, M giró sobre sus talones y continuó hacia el corazón de la torre, donde sentía que las respuestas que buscaba, por fin, estarían esperando.

UN PUEBLO DE ROSTROS AJENOS

La selva que antes era un muro impenetrable, ahora se transformaba en un camino sinuoso marcado por huellas y restos de vida humana. A lo lejos, vislumbró techos de tejas desmoronadas y paredes cubiertas de musgo: un pueblo, casi devorado por la vegetación que lo reclamaba lentamente.

La luz se filtraba a través de las ramas, iluminando los restos de lo que alguna vez fue un camino adoquinado. Mientras M se adentraba en el pueblo, notó cómo el silencio absoluto que lo había acompañado en la selva era reemplazado por murmullos y ecos apagados. Personas se movían entre las sombras: figuras difusas que, al acercarse, revelaban rostros marcados por el cansancio y la confusión.

Una mujer de mediana edad, con el cabello recogido en un moño suelto y un delantal manchado, barría la entrada de una pequeña tienda. M se detuvo frente a ella, esperando que lo mirara, pero sus ojos estaban vacíos, fijos en un punto más allá de él.

Ella no era más que B.

—¿Buscas algo? —preguntó la mujer, sin levantar la mirada, como si formular la pregunta fuera un mero acto reflejo: algo a lo que estaba obligada.

—No lo sé... —respondió M, pasándose una mano por el cabello húmedo—. ¿Dónde estoy?

B se detuvo por un momento, como si estuviera tratando de recordar una respuesta que alguna vez supo de memoria. Pero tras un segundo de vacilación, simplemente volvió a barrer con movimientos mecánicos, carentes de propósito. M observó cómo la brisa levantaba pequeñas nubes de polvo que se disipaban en el aire.

Dejarla ahí, limitada por sus palabras, era lo mejor.

Más allá, cruzando la calle, un hombre fornido con un delantal manchado de sangre picaba carne sobre un tronco, en el recibidor de **lo que debía ser** una tienda. Y aunque sus manos eran precisas, sus ojos estaban vacíos: como si no tuviera conciencia de lo que hacía.

Para M, ese hombre era K.

Un nombre decidido arbitrariamente.

K se detuvo por un segundo, su cuchillo suspendido en el aire. Miró a M con una expresión que podría haber sido curiosidad o desdén. Finalmente, volvió a cortar, su cuchillo descendiendo una y otra vez con un ritmo constante, como si la acción fuera la única certeza que le quedaba.

Pero recordó la inconsistencia.

M comprendió de golpe, cuando el cuchillo calló sobre ese pedazo de animal muerto, que ya había vivido aquello. La pulpa de músculos sin vida era de aquellos que zumbaban, que ululaban. Y él, K, lo había visto extinguirse en la jungla entre signos disformes.

Es que K era distinto de K; pero M no lo sabía.

M se tiró de rodillas. El dolor de la arenisca contra sus ropas no era lo que esperaba. El dolor de ver a alguien vivo tras llorar su luto no era lo que esperaba. El dolor de saber que esos zumbidos, esos alaridos de animales selváticos se habían extinguido por culpa de K, no era lo que esperaba.

Y es que ver sólo la primera letra de cada individuo confunde.

No podría saber que aquel K y este K sólo compartían una letra.

M debe seguir.

M no puede recordar todavía.

Debe encontrar a L.

UN PUEBLO DE ROSTROS AJENOS

La selva que antes era un muro impenetrable ahora se transformaba en un camino sinuoso marcado por huellas y restos de vida humana. A lo lejos, vislumbró techos de tejas desmoronadas y paredes cubiertas de musgo. Un pueblo, casi devorado por la vegetación que lo reclamaba lentamente.

El pueblo se presentaba ante él como una fachada de recuerdos que no debía tener aún. Por ello, se fue de largo hasta la plaza central, ignorando las tiendas, ignorando las calles.

M siguió avanzando por el pueblo, encontrando a más personas que parecían atrapadas en una rutina que habían olvidado por completo. Una profesora, alguien que él nombró L, escribía con tiza sobre una pizarra rota, pero las palabras que formaba no tenían sentido.

—¡L!

No era L, ella no es a quien buscas.
Regresa.

UN PUEBLO DE ROSTROS AJENOS

La selva que antes era un muro impenetrable, ahora se transformaba en un camino sinuoso marcado por huellas y restos de vida humana. A lo lejos, vislumbró techos de tejas desmoronadas y paredes cubiertas de musgo. Un pueblo, casi devorado por la vegetación que lo reclamaba lentamente.

No importaba el pueblo ni sus personas, sólo llegar al centro
sin charlar con nadie.

Un joven con un uniforme deshilachado —J— sostenía un libro que hojeaba frenéticamente, como si en sus páginas pudiera encontrar la clave para recordar algo crucial.

¿El mismo libro con el que se había enfrentado?
No, éste era distinto, y M lo sabía.

El corazón de M se llenaba de una extraña mezcla de tristeza y desesperación al ver a todos estos habitantes, atrapados, ¿viviendo? en un ciclo sin fin. No recordaban —ni le importaba— quiénes eran, ni qué hacían, y aun así continuaban, como si la repetición constante de sus tareas fuera lo único que los mantenía cuerdos.

Finalmente, llegó a la plaza central, donde Z vendía sus flores marchitas. A diferencia de los demás, Z alzó la mirada al ver a M y le

ofreció una sonrisa amarga, casi despectiva. Porque en su senectud, en su constante avanzar por el mundo hasta llegar a ser la final, había despertado siendo más sabia.

—Tú no eres de aquí —dijo Z, su voz era ronca y áspera, como si cada palabra la raspase por dentro—. Los que se quedan, olvidan. Pero tú aún recuerdas... algo, ¿verdad?

M se sintió incómodo bajo la mirada penetrante de la anciana. Había algo en sus ojos que le recordaba a los momentos en los que intentaba aferrarse a un sueño justo antes de despertar.

—No sé lo que recuerdo —admitió M, con la voz baja—. Sólo sé que busco... algo. O a alguien.

Z asintió lentamente, como si la respuesta de M confirmara lo que ya sabía.

Pero ella no podía saberlo.

—Entiendo, sé a quién buscas —se inclinó sobre su carrito y sacó una pequeña flor con un toque de vida en sus pétalos.

—Toma esto. No te ayudará a recordar, pero quizás te ayude a olvidar lo que no necesitas —dijo, extendiendo la flor hacia él.

Esa flor no existe.

M vio su mano vacía. Pero la anciana, Z, le dio otra.

Esa flor tampoco existe.

La anciana le dio una ~~tercera~~ **primera** flor. Esta vez dejó que él oliera sus pétalos.

M tomó con su memoria los pétalos, había algo en su tono que le recordaba a L: un eco de sabiduría mezclada con cinismo, como si supiera algo que él jamás podría comprender del todo.

—¿L...? —empezó a preguntar M, pero antes de que pudiera terminar la frase, Z estalló en una risa seca.

—L... L... Siempre es L, ¿no? —dijo Z, sus ojos brillando con un fuego que no encajaba con su cuerpo marchito—. Todos tenemos una L en nuestras vidas.

¡Basta!

UN PUEBLO DE ROSTROS AJENOS

La selva que antes era un muro impenetrable, ahora se transformaba en un camino sinuoso marcado por huellas y restos de vida humana. A lo lejos, vislumbró techos de tejas desmoronadas y paredes cubiertas de musgo. Un pueblo, casi devorado por la vegetación que lo reclamaba lentamente.

Optó por no entrar.

«Era lo mejor», repetía en su mente.

M no supo por qué el rostro de L era un rompecabezas de fragmentos rotos: ¿en el pueblo habría respuestas?

No habría más que preguntas inconexas.

Una sonrisa que podía ser tan cálida como cruel, unos ojos que lo habían mirado con amor y desdén por igual. Ahí estaba L a quien recordaba de poco en poco.

M se imaginó en la plaza, rodeado por los murmullos de los habitantes del pueblo continuado con sus rutinas, atrapados en un ciclo interminable de olvido. La torre había sido un lugar de símbolos y fragmentos, pero allá, en este pueblo **al que nunca entró**, las personas eran lo que quedaba cuando todos los significados se desvanecían. Eran sombras de lo que alguna vez habían sido, y

M no podía evitar preguntarse si él también terminaría así, vagando sin propósito, recordando solo una letra en lugar de su propio nombre.

Aspiró del perfume guardado en su cerebro: L estaba en algún lugar, esperándolo, y esta vez M quería darle sentido a su propia existencia, a la de L; a la de los dos.

ECOS EN LA SELVA

El sol se había desvanecido hacía horas, pero en la isla el concepto de noche no existía del todo. A pesar de la oscuridad que se cernía sobre el mundo, la selva parecía estar siempre viva, susurrando, respirando, como si cada hoja y cada rama participaran en una conversación interminable. M avanzaba con pasos inseguros, siguiendo el rastro de un camino que apenas era visible entre la densa maraña de raíces y arbustos.

El crujir de las hojas secas bajo sus pies resonaba en la penumbra. La vegetación era densa, cerrándose sobre él como un manto de sombras que nunca dejaba pasar del todo la luz. El sudor le corría por la frente y la camisa se le pegaba a la piel, como si la selva misma intentara envolverlo. M sabía que debía seguir adelante, pero el camino que había tomado se volvía cada vez más incierto, como si la isla se resistiera a que llegara a su destino.

Mientras avanzaba, M comenzó a notar que, en los recovecos del follaje, había pequeños fragmentos de objetos abandonados: una taza rota, un par de zapatos cubiertos de moho, papeles arrugados que alguna vez pudieron haber sido cartas. Estos vestigios de una vida pasada le resultaban inquietantemente familiares, aunque

no lograba recordar por qué. Era como si el mundo estuviera lleno de los restos de una memoria que todos habían perdido, y que aún persistía en fragmentos.

El susurro de la selva se volvió más claro a medida que caminaba. Las voces que oía —que no eran más personajes— en el viento eran ecos, no de palabras, sino de recuerdos perdidos, como si la propia tierra hubiera absorbido las memorias de los habitantes de la isla. Fue entonces cuando M recordó algo que había escuchado antes, de labios de un hombre cuya cara había olvidado pero cuya voz resonaba en su mente.

«Todo comenzó con la lluvia», decía esa voz. «Primero fueron las noches interminables, cuando el cielo se desbordó sobre la isla. Llovió durante semanas, como si el cielo quisiera ahogarnos, hasta que no quedó un solo rincón seco en este maldito lugar».

La selva, ahora empapada en sombras, parecía dar vida a esos recuerdos. Las plantas que rozaban sus brazos estaban cubiertas de gotas de humedad, como si la lluvia nunca hubiera cesado del todo. La voz en su mente continuaba, llenando los vacíos de su propia amnesia.

«Al principio, no le dimos importancia. El agua era lo único que nos mantenía con vida mientras todo parecía devorarnos poco a poco. Pero con la lluvia vino algo más, algo que se deslizaba por las rendijas de las casas y penetraba en la piel, en los pensamientos. Era como si el agua estuviera contaminada, no con veneno, sino con olvido».

Estaba empezando a recordar ese caos antediluviano llamado
cotidianidad.

M tropezó con una raíz, sintió el barro frío empapando sus manos. Por un momento, la imagen de L apareció fugazmente en

su mente, riendo bajo una lluvia que ya no podía recordar con claridad. ¿Había estado L allí cuando todo comenzó? ¿Habían compartido esos momentos de desesperación mientras el mundo se desmoronaba a su alrededor?

Claro que lo habían hecho.

Se levantó lentamente, limpiando el barro de sus manos en la camisa empapada. A su alrededor, la selva parecía encogerse, como si la propia tierra estuviera reteniendo el aliento de los que habían sido devorados por el fango. Continuó caminando con dificultad: no podía desprenderse de esa voz que lo acompañaba, susurrándole los secretos que él mismo había olvidado.

M no debe caer al fango, no debe hundirse.

«La gente empezó a cambiar»: continuaba la voz en su mente. «Al principio, sólo eran pequeños olvidos: un nombre que no podíamos recordar, una cara que parecía difusa, como si la hubiéramos visto solo en sueños. Pero luego, los olvidos se convirtieron en agujeros negros, devorando recuerdos enteros hasta que solo quedaban fragmentos. No podíamos recordar cómo habíamos llegado aquí, quiénes habíamos sido antes de que la lluvia comenzara. Las palabras perdieron sentido; los libros, los nombres, todo se disolvió como si la policía de la memoria nos hubiera metido a prisión».

Basta.

HAY CUERPOS DEBAJO DE NOSOTROS

Con media pierna en el fango, salió con mucha dificultad. El sendero que seguía M lo llevó hasta un claro donde los árboles se inclinaban hacia el centro como si fueran testigos silenciosos de un secreto antiguo. En el suelo, entrelazados con las raíces, había cuerpos apenas enterrados: figuras inmóviles cubiertas por musgo y líquenes, como si la selva misma los hubiera reclamado.

No eran cadáveres, sino cuerpos que parecían haberse detenido en medio de sus vidas, congelados en el tiempo.

Se agachó junto a uno de ellos, un hombre que aún sostenía un trozo de papel en su mano rígida. Era una carta, las palabras casi ilegibles bajo el moho que la cubría. Pero en esa carta, M pudo distinguir las palabras: «No puedo recordar... el nombre... de nuestro hijo». Seguida de todo lo que había escuchado anteriormente: lo de la lluvia, del fango, del olvido.

Había estado leyendo en su mente, recordando, el papel que aún no tenía.

El peso de esa frase lo golpeó como una ráfaga helada. No eran solo objetos y fragmentos de vidas lo que había perdido la gente de la isla; habían perdido sus identidades, sus relaciones, los

Mientras esas preguntas se agitaban en su mente, M se adentraba más y más en la selva, siguiendo un rastro que solo él podía sentir, un rastro que lo guiaba hacia el corazón mismo de la isla, donde las respuestas que buscaba lo esperaban.

EL OLVIDO

El aire estaba cargado. No sabía de qué, pero era pesado, con una presión invisible en el pecho de M, dificultando su respiración mientras avanzaba. Los zumbidos que antes habían sido constantes ahora se habían transformado en un silencio expectante, como si la isla entera contuviera el aliento ante lo que estaba por venir. Por encima de la línea de los árboles, M notó cómo el cielo se oscurecía con un tono violáceo, lleno de nubes arremolinadas como espirales de humo.

El rugido de truenos distantes resonó en el horizonte, anunciando la llegada de una tormenta que parecía devorar lentamente el cielo. El aire olía a tierra húmeda y a hojas quemadas, un olor que M no podía recordar haber sentido antes, pero que le provocaba una inquietud en el estómago. Era como si la tormenta no sólo trajera consigo lluvia, sino algo mucho más profundo, peligroso, insatisfactorio: al olvido.

A medida que se internaba más en la selva, la penumbra se volvía cada vez más densa, a pesar de que aún no había caído la noche, ¿qué era la noche? Las nubes negras avanzaban como bestias hambrientas, ocultando el poco resplandor que quedaba del día. Cada tanto, un destello de relámpago iluminaba el entorno, revelando breves visiones de la vegetación que lo rodeaba: árboles torcidos, raíces enredadas y troncos cubiertos de líquenes que parecían manos extendidas hacia él.

«El cielo se está cayendo...» pensó M, pero no estaba seguro si era una metáfora o si realmente creía que el cielo iba a desplomarse sobre la isla. Sentía un hormigueo en la piel, como si la tormenta

que se aproximaba cargara el aire con una energía que penetraba en sus huesos. Quizás esta tormenta no era solo un fenómeno natural; quizás era un presagio de algo que estaba a punto de desatarse en la isla.

M apresuró el paso, con la sensación creciente de que, si no encontraba refugio pronto, la tormenta lo alcanzaría antes de que pudiera entender su propósito. La tormenta se acercaba rápidamente, y M no tenía más opción que avanzar.

M sintió la primera gota fría en la frente y después el golpe de la lluvia cayendo de golpe, sin aviso, como si el cielo se hubiera rajado en un solo suspiro. No era una llovizna, ni siquiera una tormenta común; era un torrente espeso, de gotas gruesas que caían con una fuerza que dolía en la piel, que pesaban como si arrastraran consigo algo más que agua. La selva comenzó a vibrar con el sonido de la lluvia golpeando las hojas, las ramas, el suelo, el fango.

Cada paso que daba se volvía más difícil. El suelo, antes firme, se ablandaba bajo sus pies con una rapidez antinatural. Primero el barro cubrió sus tobillos. Luego, con una succión húmeda y viscosa, llegó hasta sus pantorrillas. M intentó moverse, sacudir las piernas, pero el fango lo atrapaba con una insistencia que no parecía natural. Era como si la tierra tuviera manos ocultas en su interior, dedos de lodo que se aferraban a su carne y lo jalaban con una fuerza inexplicable.

Quiso gritar, pero su voz se perdió en el rugido de la tormenta.

El fango se movía. No sólo se reblandecía, no sólo se expandía: se agitaba con vida propia. Latía. Se estremecía. Y dentro de esa masa de lodo líquido, empezaron a emerger formas. Primero, sombras difusas, contornos humanos mezclados con la tierra. Luego, manos, decenas de ellas, saliendo como raíces podridas, exten-

diéndose para atraparlo. Algunas eran delgadas y huesudas, otras gruesas y callosas, otras parecían manos de niños con dedos temblorosos que se cerraban sobre su ropa, su piel, su cuerpo entero.

M forcejeó, pero cada movimiento solo lo hundía más. La lluvia lavaba el lodo de los rostros que se alzaban a su alrededor. Ojos ciegos y bocas llenas de tierra, cuerpos a medio dormir que susurraban en una lengua sin voz. No eran fantasmas, no eran muertos. Eran los que habían sido olvidados. Los que la lluvia había atrapado antes que él. Los que se habían hundido en la isla, en su historia, en su memoria perdida.

Una presión húmeda se cerró alrededor de su muñeca. Un rostro emergió del fango frente a él. Un rostro que conocía. Un rostro que no recordaba.

El agua caía en cortinas gruesas, difuminando todo a su alrededor. M sintió su propio nombre diluyéndose en su mente, disolviéndose con la lluvia, con la tierra, con la historia de todos los que habían estado ahí antes que él. La tormenta rugía. Las manos se cerraban. Y la isla, como siempre, devoraba.

Húndete... yo quise salvarte. Pero encontraré otro.

¿PAPÁ, FUISTE TÚ?

El anciano sonrió, un gesto que no llegó a sus ojos. Se inclinó hacia adelante y, con manos temblorosas, comenzó a jugar con un pequeño frasco de vidrio que tenía en la mesa. Dentro del frasco había una sustancia extraña, una especie de líquido negro que reflejaba los destellos de los relámpagos que iluminaban brevemente la cabaña.

—Todos buscamos recordar, pero pocos se atreven a entender por qué olvidamos en primer lugar —dijo el anciano, girando el frasco en sus manos—. Esta tormenta allá afuera... no es sólo agua y viento. Es el eco de aquello que tratamos de enterrar en nuestras mentes.

M lo observaba en silencio, tratando de entender el significado detrás de sus palabras. La tormenta no era una simple tormenta. Era un reflejo de los fragmentos perdidos que todos en la isla habían tratado de enterrar. Cada trueno que retumbaba en la distancia era como el grito de un recuerdo que luchaba por salir a la superficie.

—Hubo un tiempo en que todos aquí recordábamos demasiado —continuó el anciano—. Recuerdos que nos pesaban como cadenas, que nos impedían avanzar. Fue entonces cuando alguien... quizás no era más que una voz en la oscuridad, nos ofreció la lluvia. Una lluvia que se llevaría los recuerdos más dolorosos, que nos liberaría del peso del pasado.

—¿Pero a qué costo? —preguntó M, su voz temblaba al pensar en los rostros vacíos de los habitantes que había encontrado.

—El costo fue el olvido, sí. Pero el precio real fue que dejamos de ser quienes éramos. Perdimos nuestros nombres, nuestras historias, y nos convertimos en sombras de nosotros mismos. —El anciano alzó el frasco, dejando que la luz parpadeante del exterior lo atravesara—. Esta tormenta es el último recordatorio de lo que fuimos. Y una vez que pase, todo se desvanecerá, como si nunca hubiéramos existido.

Las palabras del anciano resonaron en la mente de M mientras la cabaña en donde estaban temblaba con la furia del viento. Sentía que estaba al borde de una revelación, como si las piezas que había estado buscando comenzaran finalmente a encajar. Pero aún quedaba una pregunta que no podía dejar de hacer.

—¿Qué tiene que ver L con todo esto? —preguntó, casi en un susurro.

El anciano dejó escapar un largo suspiro antes de responder.

—L... fue la primer persona en darse cuenta del precio que estábamos pagando. Trató de detener la lluvia, de advertirnos. Pero para entonces, ya habíamos olvidado demasiado. Nos habíamos convertido en extraños, incluso para aquellos a quienes amábamos.

M sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral. La tormenta afuera era el eco de una lucha que había comenzado mucho antes de que él pudiera recordarla. Pero si las palabras del anciano eran ciertas, L había tratado de salvarlos... y había fracasado.

Un trueno resonó tan fuerte que hizo temblar las paredes de la cabaña. El anciano lo miró con una mezcla de lástima y determinación.

—La tormenta está aquí para llevarse lo último que queda de nosotros. Si quieres recordar, si realmente quieres encontrar a L... tendrás que enfrentarte a lo que la tormenta trata de borrar.

M se quedó en silencio, con el sonido de la lluvia golpeando el techo como un tambor interminable. Afuera, la oscuridad era total, pero en su mente, un destello de claridad comenzaba a surgir. Tenía que salir de ahí, tenía que enfrentar la tormenta y encontrar a L antes de que fuera demasiado tarde.

BAJO LA TORMENTA

La mano de M surgió de entre el fango. Luchaban por retenerlo, por jalarlo al fondo, pero él quería salir. El lodo espeso chorreaba entre sus dedos como si quisiera pararle, como si fuera una segunda piel negándose a desprenderse de él. La lluvia golpeaba con una fuerza inhumana, formando ríos de agua sucia que se deslizaban por su brazo, limpiando apenas la tierra que lo cubría.

Algo tiraba de él hacia abajo. No era el peso del lodo, ni la succión natural de la tierra húmeda; eran aquellas manos: dedos hundidos en su carne con la urgencia desesperada de quien no quería quedarse solo en el olvido. Rostros sin boca emergían entre el barro, ojos vacíos y húmedos lo miraban con súplica, con rabia, con esa necesidad inhumana de arrastrarlo con ellos.

M pateó con todas sus fuerzas, sintiendo cómo el fango intentaba cerrarse de nuevo sobre sus piernas. Se inclinó hacia adelante, hincando los codos en la superficie resbaladiza, sintiendo su propio peso como un ancla. Pero no podía rendirse.

No ahora.

No aquí.

El trueno desgarró el cielo, iluminando por un instante la selva sumergida en sombras. Fue entonces cuando vio la raíz. Sobresalía de la tierra unos metros más adelante, gruesa, fuerte, aferrada al suelo como una arteria de la isla misma. M estiró la mano libre, hundiendo los dedos en su corteza rugosa, clavando las uñas como si pudiera absorber su estoicismo.

Las manos de lodo apretaron más fuerte. Algo le sujetó la pantorrilla. Un susurro subió desde la tierra:

—No te vayas. No nos dejes solos.

Con un grito ronco, M usó toda la fuerza que le quedaba. Sus músculos ardieron. Sus uñas se astillaron al raspar la madera húmeda. La raíz resistió y él se aferró a ella como si su vida dependiera de ello —porque dependía—. Tiró, avanzó centímetro a centímetro, sintiendo cómo la succión del barro luchaba por tragárselo de nuevo.

El relámpago iluminó todo una vez más. Vio la silueta de los cuerpos semienterrados en la niebla de lluvia y lodo. Vio sus brazos extendidos, sus ojos abiertos, la súplica en sus gestos endurecidos por el tiempo. Vio el rostro que casi había olvidado.

Otro final podría llevarse a cabo de haberse quedado con
esa gente.

No miró atrás.

Quería hacerlo, pero ya tenía demasiado control de sí,
sobre sí,
sobre todo.

Con un último impulso, M consiguió liberar una pierna, luego la otra. La tierra lloró al soltarlo, como si lamentara haber perdido su presa. Se arrastró hasta un suelo más firme, sintiendo cómo el peso de la lluvia lo empapaba, limpiándolo de la piel de fango que

había querido reclamarlo. Se desplomó sobre la hojarasca húmeda, respirando con dificultad, con el pulso desbocado.

El rugido de la tormenta lo envolvió. Y, entre el sonido de la lluvia, juraría que escuchó algo más.

Un murmullo.

Una voz enterrada.

Un susurro que le preguntaba:

—¿Quién eres?

EL ENCUENTRO

La lluvia golpeaba con furia la tierra. M se alejaba. Las gotas caían como si el cielo se hubiera desgarrado en mil pedazos, inundando la selva con un torrente que no daba tregua. Las ramas y hojas que antes habían susurrado en la penumbra ahora se agitaban violentamente, como si trataran de advertirle que diera marcha atrás. Pero M sabía que no podía detenerse. No ahora.

El anciano le había dado la última pieza que necesitaba. Ahora entendía que la tormenta era una manifestación del olvido, una fuerza que se llevaba consigo los últimos vestigios de lo que alguna vez fueron las vidas de los habitantes de la isla. Y en su centro, en el ojo del huracán, estaba L.

Los truenos rugían por encima de su cabeza, y los relámpagos iluminaban brevemente el camino que M seguía, pero la selva parecía alargarse y cerrarse a su alrededor, como si intentara devorarlo antes de que pudiera llegar a su destino.

Encuentra a L.

Se lo decía la voz, pero también él se lo repetía a sí mismo, como el mantra ya cantado que lo mantenía en movimiento a pesar del miedo que crecía en su interior.

Mientras avanzaba, con cada gota chocando en sus ojos, fragmentos de recuerdos comenzaron a golpear su mente, como si la tormenta también estuviera desenterrando memorias que había creído perdidas para siempre. Vio imágenes fugaces de rostros, risas y momentos que no lograba ubicar en el tiempo. Entre ellos, siempre estaba L: a veces riendo, a veces llorando, a veces mirándolo con una desesperación que nunca había comprendido del todo.

«La lluvia no nos está liberando... nos está borrando,» había dicho el anciano, y M ahora podía ver la verdad en esas palabras. Cada trueno, cada relámpago que partía el cielo, arrancaba algo de él, de los habitantes, de la isla misma. El olvido era un monstruo que no se saciaba nunca, y L había sido la única persona que había intentado detenerlo.

Al llegar a un claro en medio de la selva, M vio una figura solitaria bajo la tormenta. Allí estaba L, de pie, con el cabello empapado pegado a su rostro, sus ojos fijos en el horizonte como si estuviera viendo algo que él no podía percibir. El viento aullaba a su alrededor, pero L no se movía, como si fuera una estatua en medio de un mundo que se desmoronaba.

M avanzó, luchando contra la fuerza del viento y el agua que le golpeaban el rostro. Cada paso que daba sentía que la tierra misma intentaba tragárselo, pero se negaba a detenerse.

—¡L! —gritó, aunque su voz fue arrastrada por el rugido de la tormenta.

Finalmente, llegó hasta L y, al tocarle el hombro, L se giró hacia él con una mirada que parecía contener siglos de dolor y tristeza. No era la figura fría y distante que él había imaginado. Era alguien que había luchado y fracasado.

—**M... no debiste venir** —dijo L, su voz era un susurro apenas audible sobre el estruendo de la tormenta.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué estamos perdiendo nuestros recuerdos? —exigió M con sus palabras impregnadas de desesperación. Sabía que L tenía las respuestas, y no podía irse sin ellas.

L bajó la mirada, como si la respuesta misma le desgarrara por dentro.

—**Todo esto... comenzó por ti** —dijo con sus palabras teñidas de amargura—. **Queríamos borrar los recuerdos que nos atormentaban, librarnos de los dolores que cargábamos. Pensamos que al olvidar podríamos empezar de nuevo, ser felices. Pero subestimamos lo que significaba olvidar.**

M le miraba, sintiendo cómo las piezas encajaban finalmente en su mente. El agua que caía del cielo no era solo lluvia; era una herramienta, un arma diseñada para borrar el pasado, para arrancar de raíz aquello que los hacía quienes eran.

—**No fue sólo la lluvia, M** —continuó L, con los ojos brillando por las lágrimas que se mezclaban con la tormenta—. **Fue nuestra elección. Todos elegimos olvidar. Todos aceptamos la promesa de una vida sin dolor, sin recuerdos que nos pesaran. Pero en el proceso... perdimos todo lo que nos hacía humanos.**

M sintió que sus rodillas flaqueaban. La revelación lo golpeó como un relámpago, quemando la última resistencia que le quedaba. Habían sido ellos mismos quienes habían permitido que todo esto ocurriera. Habían aceptado el olvido, pensando que les traería paz, sin darse cuenta de que también se llevaban sus identidades, sus amores, sus vidas.

—Pero tú... tú trataste de detenerlo, ¿no es así? —preguntó M, buscando una esperanza, una razón para no sucumbir al abismo que sentía abrirse bajo sus pies.

L asintió, su rostro marcado por el arrepentimiento.

—Lo intenté, pero era demasiado tarde. Ya habíamos entregado nuestras memorias a cambio de una falsa paz. Yo... traté de aferrarme a los recuerdos, de mantener viva la chispa. Pero al final... Al final elegí administrar los recuerdos, aprovecharlos y ser yo quien tuviera el control.

Un trueno ensordecedor sacudió el suelo, y M sintió cómo la lluvia se intensificaba. El mundo entero parecía desmoronarse a su alrededor, pero ahora había una claridad en su mente que no había sentido en años.

—No tiene que terminar así, L. Podemos detener esto. Podemos recordar... —dijo M, aferrándose a sus palabras como si fueran la última cuerda que lo mantenía en pie.

No puedes.

L le miró, sus ojos llenos de una tristeza que M nunca había visto antes.

—Ya no hay vuelta atrás, M. Esta tormenta... es el último sacrificio para deshacerme de todos. Quiero sepultar a todos los que viste, a mi madre, a mi padre, a los amigos y enemigos. Prefiero estar sin nadie, que vivir con estos recuerdos.

M entendió lo que L estaba diciendo. No debía detener sólo la tormenta; se trataba de enfrentar los recuerdos que habían elegido olvidar, los demonios que habían querido desterrar de sus mentes.

M tomó la mano de L. El rugido del viento se intensificaba, pero M sabía que la única forma de detenerle era enfrentarse a lo que los había llevado allí en primer lugar.

El siguiente paso sería el enfrentamiento final. Una batalla con la tormenta, con los fragmentos de sus propios recuerdos, con las verdades que habían ocultado incluso a sí mismos, con L.

EL UMBRAL DE LOS RECUERDOS

La lluvia golpeaba sus rostros con una furia casi personal, como si intentara detenerlos en su avance. M y L caminaban con sus pies hundiéndose en el barro bajo sus pasos. El claro que habían dejado atrás se desvanecía en la distancia, envuelto en la neblina de la tormenta que parecía crecer y multiplicarse a medida que se adentraban más en el corazón de la isla.

¿Cuánto tiempo tardaría en que la lluvia les hiciera olvidar más cosas?

¿L era inmune al olvido?

Entonces, ¿para qué había hecho que todos le olvidaran?

El lago apareció frente a ellos, un espejo negro y quieto que reflejaba un cielo sin estrellas. La superficie parecía inmóvil, pero M sintió un tirón en el pecho, como si algo en su interior respondiera al agua, como si su propia imagen quisiera desprenderse de él y sumergirse.

El resplandor en el aire sugiere una ruptura dimensional, pero en el lago debe sentirse como una presencia atrapada en las profundidades, que solo se percibe cuando el agua lo permite.

El rugido del viento era ensordecedor, pero M sentía un impulso que lo llevaba hacia adelante. Había llegado demasiado lejos para retroceder.

—Mira —gritó M por encima del estruendo de la tormenta, señalando hacia el vórtice. Vio lo que parecía ser una figura en el centro del torbellino.

Una sombra humana, o al menos, algo que pretendía serlo.

—¿Quién es? —preguntó M, aunque sabía que L no tenía la respuesta. Era como si todos sus miedos y dudas se hubieran condensado en esa figura oscura que los observaba desde el corazón de la tormenta.

L tomó su mano, y M sintió el temblor en sus dedos. Había llegado hasta ahí buscando respuestas; pero ahora parecía que lo que encontrarían sería algo mucho más profundo y doloroso que simples recuerdos perdidos.

—No es una persona, M... es lo que queda de lo que fuimos —susurró L con una voz apenas audible sobre el rugido del viento—. Es la memoria que tratamos de enterrar. La parte de nosotros que se resiste a desaparecer.

M no entendía del todo, pero sabía que no había tiempo para preguntas. Se adelantó, arrastrando a L con él, y juntos se acercaron al borde del vórtice. El suelo temblaba bajo sus pies, y el aire se sentía cargado de una energía que hacía que su piel se erizara.

Mientras se acercaban a la orilla, M vio figuras reflejadas en el agua. No eran sus rostros, sino imágenes de otros tiempos: un niño riendo bajo la lluvia, una mujer cayendo de rodillas, un hombre con las manos cubiertas de algo oscuro. Cuando parpadeó, las imágenes se distorsionaron y se hundieron, devoradas por la negrura del lago. Vio a una mujer que lloraba bajo la lluvia, un niño que gritaba mientras era arrastrado por las olas, un hombre que se arrojaba en un suelo empapado de sangre. Eran recuerdos de vidas que ya no existían.

Recuerdos que había sacrificado en nombre de una paz que
nunca llegó.

Todos ellos yacían bajo el fango.

—Todo esto... —murmuró M, sus ojos se abrían intentando asimilar lo que veía—. ¿Realmente elegimos olvidar todo esto?

—Creía que era la única forma de seguir adelante —su voz se cargaba de una amargura que M no había oído antes—. Pero también se despojaron de lo que les hacía humanos. Ahora son sombras convertidas en reflejos vacíos.

El vórtice pareció estremecerse, como si las palabras de L lo hubieran tocado en su núcleo. La figura en su centro se movió, alzando lo que parecía ser un brazo, y M sintió un tirón en su pecho, como si algo estuviera tratando de arrancarle los recuerdos que había comenzado a recuperar.

La tormenta comenzó aquí.

Este lugar fue el inicio de todo. Fue aquí donde decidimos olvidar, donde sacrificamos nuestros nombres y nuestras historias para evitar el dolor.

El agua comenzó a vibrar y un leve oleaje se formó, extendiéndose hacia ellos. M sintió un escalofrío cuando el borde del lago rozó la punta de sus botas. No era solo agua. Era algo vivo, algo que quería arrastrarlo: el vórtice se expandía, como si estuviera a punto de engullirlos a ambos. Pero esta vez, M no retrocedió. Sabía lo que tenía que hacer.

—No podemos luchar contra la tormenta, L —dijo, su voz clara y firme—. No podemos detenerla. Pero podemos recordar. Podemos enfrentar lo que intentamos olvidar.

L lo miró con lágrimas en los ojos, pero asintió. Soltó su mano y, con un gesto decidido, se dirigió hacia el centro del vórtice. M le siguió, sintiendo cómo el aire se volvía más pesado a cada paso que daba.

M se inclinó sobre el agua, y entonces la vio: una silueta difusa, suspendida en la oscuridad del lago. No tenía rostro, pero M sintió que lo miraba. No con ojos, sino con la certeza de que sabía su nombre. Su verdadero nombre, un reflejo distorsionado de los recuerdos que habían tratado de enterrar. Y en su centro, M vio su propio rostro, mirándolo con una expresión de dolor y arrepentimiento.

L

Esto es lo que somos.

La lluvia no cayó de golpe. Se deslizó como un murmullo sobre la isla, primero un susurro, luego una voz persistente, luego un grito que lo cubrió todo. No fue inmediata su llegada, pero cuando quise detenerla ya era demasiado tarde. No había forma de contener el agua cuando ya se había convertido en parte de los otros, era una parte de mí vaciada hacia los demás. La lluvia no era una tormenta, no era una maldición; era una elección.

Mi elección.

Porque el dolor no se disuelve con el tiempo. El tiempo sólo lo destila, lo filtra, lo convierte en algo más puro, más punzante. Los recuerdos de Menashe eran como la humedad en los huesos, siempre presente, siempre latiendo en lo más profundo, en ese lugar donde no hay lenguaje, sólo sensaciones. Pensé que, si lograba borrar su nombre, reducirlo a una nada, si lograba arrancarlo de las palabras que flotaban en mi mente, si lograba deshacer el sonido de su voz en mi memoria, entonces todo sería más fácil.

No me equivoqué.

Fue más fácil.

Insoportablemente fácil.

Nunca quise que la isla entera olvidara.

No al principio.

Quise olvidar yo, sólo yo.

Quise deshacerme del peso de su existencia en la mía, de la forma en la que su presencia ocupaba cada rincón de mis pensamientos. Pero la memoria no es una raíz que puedas arrancar sin más. Es un sistema, una red entrelazada con otras mentes, con otros nombres, con otros ecos. No puedes borrar a alguien sin borrar las huellas que dejó en los demás, sin arrastrar hacia el fondo del fango todo lo que tocó, todo lo que fue.

La lluvia se convirtió en un océano profundo en la tierra. El olvido dejó de ser mío y se extendió como una mancha sobre la isla: como nombres enteros desaparecieron, como rostros se vaciaron de significado, como la gente siguió viviendo sin saber por qué hacía lo que hacía, repitiendo gestos, frases, tareas que alguna vez fueron parte de algo más grande, pero que ahora eran solo reflejos de algo perdido.

Al principio, me aterrorizó. Miraba a las personas a mi alrededor y veía el vacío en sus ojos, el parpadeo de quien no comprende por qué está de pie en ese lugar, por qué sus manos sostienen un objeto que no recuerda haber recogido, por qué su boca pronuncia palabras que no parecen propias. Me aterrorizó porque entendí que los había condenado a lo mismo que yo temía: a ser la sombra de un pensamiento, el eco de una historia sin narrador.

Pero luego, el miedo se volvió alivio. Nadie me llamaba. Nadie pronunciaba su nombre frente a mí. Nadie podía señalarme y decirme lo que habíamos sido. Porque no habíamos sido nada. La lluvia lo había borrado todo.

Fue entonces cuando comprendí la verdad que siempre había estado ahí, la verdad que no quise ver hasta que ya no hubo vuelta atrás: el olvido no es ausencia, es permanencia. Pensé que borrarlo significaría perderlo, pero fue todo lo contrario. En el olvido, se volvió absoluto.

Inmutable.

Sin pasado ni presente, sin una línea temporal que lo contuviera. Ya no era un recuerdo dentro de mí; era la isla misma.

Y ahora que lo veo de nuevo, ahora que lo escucho pronunciar mi nombre como si aún existiera un puente entre lo que fue y lo que es, sé que no debí dudar. No debí flaquear. No debí permitir que el agua se detuviera.

Porque si aún está aquí, si aún queda algo dentro de este mundo sin memoria, significa que mi trabajo no ha terminado. Y la lluvia... la lluvia debe volver a caer —dijo L, extendiendo una mano hacia la figura—. Todos los recuerdos que tratamos de negar, todo el dolor que intentamos olvidar. Pero no podemos huir más.

Con un último esfuerzo, M y L se acercaron a la figura, sabiendo que la única forma de detener la tormenta era enfrentarse a la verdad.

M sintió que el vórtice le envolvía, arrancando pedazos de su mente, pero se aferró a L y a los recuerdos que había recuperado. No podía dejar que el olvido ganara esta vez.

El lago se agitó, y M sintió que algo le llamaba. L dio un paso adelante, el agua le cubría los tobillos. «Si entramos, puede que no

volvamos», susurró, pero su mirada estaba fija en la figura sumergida. M supo que no podían seguir huyendo. Las sombras que les rodeaban se desvanecieron, y M sintió que el mundo volvía a su lugar, como si la isla estuviera despertando de un sueño largo y oscuro.

La figura en el centro del vórtice se desvaneció lentamente, y con ella, la tormenta comenzó a disiparse. M y L cayeron al suelo, agotados, pero sabían que habían ganado. Habían recuperado lo que habían perdido, no solo para ellos, sino para todos en la isla.

Mientras la lluvia se calmaba y las nubes comenzaban a retirarse, M miró a L, con una nueva claridad en sus ojos.

—No podemos cambiar lo que hicimos —dijo M, con la voz apenas un susurro—. Pero podemos empezar de nuevo.

L asintió, y juntos se levantaron, mirando el horizonte despejado. Habían enfrentado sus miedos, habían recordado lo que habían perdido y, ahora, finalmente, podían empezar a reconstruir lo que quedaba de sus vidas.

RESTAURACIÓN

El amanecer trajo un resplandor dorado que iluminaba la isla como un bálsamo después de la tormenta. Las nubes se habían disipado, dejando atrás un cielo despejado que se extendía como un lienzo azul sobre las copas de los árboles. M y L permanecían en el borde del claro donde habían enfrentado el vórtice de olvido. El suelo, antes cubierto de barro y ramas rotas, ahora parecía haber renacido con la frescura de la lluvia: aunque los cadáveres de todas las personas devoradas decoraban el suelo de la jungla caliente, convertido ahora en un pastizal amable.

El aire fresco que acompañaba al amanecer se sentía como un bálsamo el eucalipto que ahora crecía entre los cuerpos. M y L permanecieron en silencio, observando cómo el sol emergía lentamente, bañando la antigua selva con una luz cálida que parecía derramar vida sobre los muertos, volviéndolos hermosos, relucientes, recién paridos de la tierra. Las hojas saludaban con gotas de rocío, y el canto de los pájaros llenaba el aire como un eco de bienvenida al nuevo día.

L se giró hacia M, sus ojos aún reflejaban la sombra de todo lo que habían vivido: Tenían un pequeño destello que indicaba que, a pesar del sacrificio, aún quedaba algo por reconstruir.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó M, rompiendo el silencio. Sus palabras, pesadas de incertidumbre, flotaron en el aire.

L no respondió de inmediato. Se levantó y comenzó a caminar por el claro, sus pasos eran lentos, como si quisiera asegurarse de que la tierra bajo sus pies fuera real y no un sueño que pudiera desvanecerse en cualquier momento.

Todo lo que olvidaron... todo lo que habían decidido borrar... ha vuelto. Y no podían seguir huyendo de ello.

M asintió, aunque aún no estaba seguro de cómo, la tormenta había terminado. Aun así, persistían esas cicatrices de alma mojada que se secaban para dar paso a los pensamientos del pasado, cada decisión que ahora debían tomar.

—¿Y los demás? —preguntó M, su mirada perdida en el horizonte. Pensaba en todos aquellos que habían encontrado en el pueblo, los que habían estado atrapados en rutinas sin sentido, los que habían perdido sus nombres y recuerdos.

Éste no es el final que quiero, éste es un mal final.

—Tenemos que volver —dijo M.

Pero no ibas a volver con ellos antes de cumplir mi objetivo.

RECUERDOS

—Tú nunca entendiste, M... Nunca entendiste lo que significaba realmente recordar —escupió L, su voz se cargaba de resentimiento—. Mientras tú te aferrabas a tus recuerdos, a esas pequeñas ilusiones, yo me liberé de todo. El olvido fue mi salvación... y ahora tú vienes a destruirlo todo.

M sintió un nudo en la garganta. Había algo en las palabras de L que lo hería más profundamente de lo que esperaba. Durante tanto tiempo había pensado que L había intentado salvarlos a todos, pero ahora veía la verdad: L había sido quien abrazó el olvido, el primero de todos los seres en rendirse.

—No lo hiciste para salvarnos... lo hiciste para huir y carcomer nuestras vidas —murmuró M, comprendiendo finalmente la toxicidad que había impregnado su relación. «Siempre se trató de ti... no de nosotros».

L lanzó una carcajada tan amarga que su sonido resonó en un eco cruel en una elegía predestinada escrita para su funeral.

—¿Y qué importa ahora? —dijo, dando un paso hacia el agua—. No puedes cambiar lo que soy, M. No puedes cambiar lo que elegimos hacer. Pero yo... yo puedo elegir olvidar, una vez más.

Antes de que M pudiera detenerle, L se zambulló en el lago, rompiendo la superficie con un estallido que resonó en todo el claro. Las aguas, que antes estaban quietas, comenzaron a agitarse violentamente. M corrió hacia la orilla, su corazón latía con fuerza.

—¡L, sal de ahí! —gritó, pero ya sabía que era inútil.

El agua alrededor de L se oscureció, como si el lago estuviera absorbiendo toda la luz a su alrededor. M vio cómo L luchaba por

mantenerse a flote, pero cada movimiento solo parecía hundirle más. Las aguas se volvían negras y opacas, como si estuvieran devorando a L desde adentro, como si las manos hubieran viajado desde el fango para reclamar, ahora en el lago, a quien les había hecho olvidarse de tanto.

Finalmente L dejó de luchar.

M observó, con el corazón roto, cómo la figura de L se desvanecía lentamente, su cuerpo disolviéndose en la superficie del lago como si fuera polvo barrido por el viento. No quedó nada, ni siquiera una onda en el agua. El lago había reclamado a L y a los recuerdos que había intentado olvidar.

M se quedó en la orilla, con la mirada fija en el lugar donde L había desaparecido. No sintió alivio, ni tristeza; solo una profunda sensación de vacío. Durante tanto tiempo, L había sido su ancla, incluso en su toxicidad, pero ahora, sin L, M se encontraba completamente solo.

El sol había caído por completo, dejando solo la luz tenue de las estrellas para iluminar el claro. M se dejó caer en el suelo, sintiendo cómo la tierra fría le proporcionaba un extraño consuelo. Y entonces, comprendió lo que debía hacer.

Sacó un libro, el recuerdo de A y C en la biblioteca. Las páginas estaban en blanco, pero sus dedos temblorosos comenzaron a llenarlas con palabras. No podía permitir que el olvido volviera a ganar, no esta vez.

—«Hoy, he visto a L desaparecer en el lago del olvido,» —escribió M, sus letras temblaban a medida que sus emociones se desbordaban en el papel, ¿cuándo se quedaría sin tinta?, ¿cuándo tendría que recurrir a su propia sangre para empezar a escribir?

Había elegido recordar. Y esa, lo sabía, era su verdadera victoria.



OME GALINDO

(Guadalajara, Jal, 1986) es crítico literario y escritor. Ha trabajado como docente de Comunicación y Literatura en la Universidad de Guadalajara, la Universidad Benito Juárez de Oaxaca y en el ITESO. Es doctor en Humanidades por la UdeG, donde se especializó en el estudio de la metaficción, siendo distinguido en 2024 con la publicación de su tesis como una de las seis mejores del año. Su formación académica le ha permitido publicar diversas aproximaciones críticas sobre la literatura, así como varios libros de texto. Es fundador de la Asociación de Literaturas Especializadas A.C. y, durante su presidencia, impulsó iniciativas como el Seminario Virtual Permanente de Ciencia Ficción y el Encuentro de Minificcionistas en Jalisco.

Desde 2019 comenzó a publicar y a obtener reconocimientos en diversos concursos nacionales e internacionales, con ya cerca de veinte publicaciones en países hispanohablantes. Entre sus libros destacan

Mythos (Lernen, 2022), *Épica: saberes de eruditos, viajeros y bardos* (La Tinta del Silencio, 2022), *Misterios de lo aún no escrito. Encyclopédie fantastique* (FOEM, 2024), la publicación independiente del libro-objeto *Colección privada de la Condesa Dårlin Heks* (2025) y *Las viejas supersticiones* (La Colmena), próximo a imprimirse en Perú.

Además, es locutor de radio en *De Letras y Bibliotecas*, en Radio ITESO 95.1 FM y del podcast *Las 9 noches*. Es creador y productor de audiocuentos y radionovelas, entre ellas *Misterios de lo aún no escrito* y *En el bosque y otras historias oscuras*.

Su obra narrativa tiene un marcado componente metaficcional y fantástico. Entre sus influencias se encuentran Enrique Anderson Imbert, Borges y Amparo Dávila, aunque también admira la crudeza de María Fernanda Ampuero, Liliana Blum, Blum Chapela y Guadalupe Dueñas. Busca construir mundos con énfasis en los miedos cotidianos que habitan entre lo natural y lo sobrenatural, en esta realidad que acontece más allá de la ficción.

Fotografía: Claudia López

GDLee somos:

Coordinación general: Carlos Alberto González Martínez

Coordinación ejecutiva: Mario Alberto Limón Carranza

Coordinación editorial: María Dolores Garnica Michel

Coordinación de diseño editorial: Luis Fernando Ortega

Revisión: Lucero Guadalupe Moreno Ibarra

Comunicación y difusión: Cristina Ibarra Muñoz

Revisión de diseño editorial: Carlos Alberto

Sandoval Medina

Gestión de recursos: Kenia Elizabeth Fuentes García

Asesoría jurídica: Eduardo Martínez Becerra

Gestión de trámites: María de la Cruz Delgadillo Gómez.

Agradecemos a Salvador Alcántar Morán de Creative Commons México y al equipo de Wikimedia México por su generosa asesoría.

En esta plaquette se utilizaron las tipografías Acumin 45 y Charsis SIL 11:16-5, se liberó en la editorial y repositorio digitales GDLee en 2026 por la Dirección de Cultura de Guadalajara durante la administración 2024-2027.

Porque ya la soledad no era

R. Z.

Guadalajara, Jalisco, México.